

■ EL ARTE EN JAEN

Esculturas de Andrés F. Alcántara, en las salas de la Diputación

MIGUEL VIRIBAY

JAEN

No me atrevería a decir que la escultura del siglo XX —hecha en España o no— ha tenido la misma evolución que la pintura. Tampoco creo que haya sido recibida con la misma aceptación. En todo caso se fue estableciendo en nuestra cultura a través de un proceso de diferente naturaleza, muy próximo a lo que ha venido siendo la evolución de la pintura, en menor medida la arquitectura, la música y la poesía.

Sin embargo, la evolución poética no toda fue concreta; ese estilo en todo caso determina una parte mínima dentro de la creación literaria del siglo XX. Otro tanto le sucede a la música mientras la arquitectura se ha movido de acuerdo con parámetros establecidos desde posiciones de «razón».

Y es que en el terreno de la creación de cualquier naturaleza hay siempre dignísimas servidumbres: a la arquitectura —la gran arquitectura— le está encorriendo ser útil además de ser bella. No le sucede otro tanto —no ahora— a la pintura, que por mil razones muy laboriosas de explicar se mantiene —parte de ella— como incuestionable adalid de la anarquía; con el perdón que inmediatamente debo pedir a los ácratas que desde Bakunin han intentado darle contenido social más que serio al término. A la escultura no le ha sucedido otro tanto pero le empieza a suceder, y desde luego la literatura, en una importante medida, ha sabido escapar a tal propuesta; dedicándose, en el peor de los casos, a rizar el rizo de la palabra cuando por una u otra razón dejó de pedir la paz.



Andrés F. Alcántara presenta sus trabajos en la sala de la Diputación.

JOSE ORTEGA

A la hora que corre coexisten en arte por lo menos dos corrientes estilísticas: la que sigue la tradición de siempre y la que sigue la tradición de las vanguardias. Porque a nadie se le debe escapar a estas alturas de siglo que las vanguardias son ya tradición.

Sentido de la escultura

En alguna medida la escultura de Andrés F. Alcántara pertenece a la tradición vanguardista y en ella encuentra su sentido. Así, la masa se aligerá hacia arriba rompiendo el canon que otrora le fue dado al concepto tridimensional de concebir la forma escultórica. También se hace pavimento; que aplasta hacia el suelo de un jardín sobre el césped. Aprendió también la redondez de la curva planimétrica y desde ella se creció corpórea. Más mu-

chas de estas formas encuentran justificación en el totum de culturas lejanas. Otras tuvieron visiones más cercanas a nuestros días: la propia escultura contemporánea europea; para no ir más lejos ahora que a pocas tratadistas de la escultura moderna se les ocurre citar a Ferrán.

Y siempre, siempre, la decisión ayuda de la policromía de la piedra... Pero es que Andrés F. Alcántara se dedica a policromar la piedra? Se preguntará el lector posiblemente sorprendido. No. Este escultor, nacido en Torredelcampo, talla directamente la piedra como principal característica y lo hace bastante sabiamente desde el dominio que con el cincel, el puntero y la gradina va dejando sobre los materiales que utiliza: mármol y piedra. En primer lugar la expresión de la

herramienta y la policromía del propio material erosionado por las telúricas fuerzas que lo abrazaron y que Alcántara sabe respetar.

Cierto que ya Miguel Ángel dejó sensaciones semejantes en algunos de sus esclavos y que, para no hacer demasiado historia, Víctorio Macho —en el bloque que le sirvió para immortalizar a su madre— realizó algo parecido. Más eso fue en el terreno de lo formal, por decirlo de alguna manera. En el informal, por seguir hablando de idéntica forma, Andrés F. Alcántara talla la piedra, le da formas y la hace policromarse desde su propia policromía. Lo demás, como siempre sucede en arte, es cosa de mirar y el que tenga ojos —ojos preparados para ver, se entiende— que vea.